Uptc
Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia

Nuevas Lecturas de Historia 43

La guerra y la política en Boyacá, 1851

José Camilo Becerra Mora

* Estudiante del Doctorado en Historia y Estudios Regionales en la Universidad Veracruzana. Magíster en Historia, UPTC. camilobecerra.uptc@gmail.com Código ORCID: https://orcid.org/0000-0002-0129-2338

Resumen

Este artículo se propone estudiar el contenido político de la guerra civil de 1851 en las provincias de Tunja y Tundama en la Nueva Granada. Esta investigación se sustenta en una indagación de fuentes primarias como la correspondencia de los hombres públicos de la región, así como de la prensa y otros impresos de la época. El texto se divide en tres secciones. La primera enfoca su atención en los meses previos al estallido insurreccional, que tuvo lugar en julio de 1851. La segunda parte estudia los principales acontecimientos de la guerra y presenta las características de los actores principales. Finalmente, la tercera sección muestra cómo la guerra reconfiguró la política local a través de las lealtades partidistas. Esta investigación se pregunta sobre los motivos de la guerra, sus actores y sus consecuencias en la política local. Uno de los resultados más relevantes de este texto es mostrar cómo la guerra fue una forma de intervención política en el siglo XIX colombiano, resaltando las particularidades de una región que no había sido abordada por la historiografía nacional.

Palabras clave: Nueva Granada – Guerra civil – Partidos políticos – Historia regional – Historia de lo político

1. Introducción

La idea de la guerra no era marginal en los neogranadinos de mediados del siglo XIX. Esta, por el contrario, ocupó un lugar central como forma de manifestación política y como recurso esencial para consolidar el proyecto republicano. En ella convergieron las élites y los sectores populares; casi nadie quedaba al margen de los conflictos armados. Por ello, descifrar su contenido político es esencial para comprender la configuración de la cultura política neogranadina. En este caso nos ocuparemos de la influencia de la guerra civil de 1851 en la estructuración de las lealtades partidistas en Boyacá[260].

Los motivos que desencadenaron esta guerra fueron varios y, según la región que se estudie, la relevancia de cada uno de ellos es distinta. En Boyacá, el *casus belli* empezó a construirse el mismo día en que José Hilario López fue elegido presidente de la República en la jornada del 7 de marzo de 1849. Además, las elecciones de 1850, la ley de desafuero eclesiástico de 1851 y los conflictos entre los hombres públicos fueron otros factores que provocaron el conflicto en aquella región[261].

La guerra civil de 1851 fue la primera confrontación bélica entre los partidos Liberal y Conservador en la Nueva Granada, por lo tanto, fue esencial para definir las lealtades partidistas. Además, no se caracterizó por la movilización de grandes ejércitos ni tampoco por épicas batallas; por el contrario, este conflicto se distinguió por la expresión de disputas locales, provinciales y regionales e involucró a actores de diversa índole, que han sido estudiados desde perspectivas nacio-

260 Hablar de Boyacá antes de 1857 parece un anacronismo, pues hasta ese año no se había usado ese adjetivo para referirse al territorio que hoy conocemos con ese nombre. Entre 1839 y 1849, este territorio se conoció administrativamente como Provincia de Tunja, cuya capital era la villa del mismo nombre. Posteriormente, el gobierno liberal impulsó en 1849 una nueva reorganización administrativa; resultado de ello fue la división de la Provincia de Tunja para dar surgimiento a la provincia de Tundama, cuya capital fue la villa de Santa Rosa de Viterbo. En este texto se usará el adjetivo de Boyacá para referirnos al territorio que abarcaron esas dos provincias.

261 Stathis N. Kalyvas, *La lógica de la violencia en la guerra civil* (Madrid: Ediciones Akal, 2010), 35-36.

nales y regionales[262]. Sin embargo, los análisis sobre su implicación política en Boyacá están por hacerse. Por ello, este trabajo se propone examinar aquel acontecimiento histórico para contribuir a la comprensión del surgimiento de la cultura política partidista en aquella región.

Metodológicamente, el trabajo de Clément Thibaud ha resultado inspirador para esta investigación. El historiador francés propone cuatro pasos para estudiar el rol de la guerra de independencia en la construcción de una identidad nacional en Colombia y Venezuela. En primer lugar, reflexionar «sobre el marco político que da su forma a la guerra» para comprender sus motivaciones y objetivos. «Segundo, es preciso aclarar cómo el proceso guerrero recupera y reformula las viejas tensiones sociales y políticas existentes en la sociedad». El tercer paso que propone Thibaud es «ver cómo la dinámica de la guerra produce nuevas líneas divisorias y lleva a la constitución de nuevas identidades, que a veces recortan de manera parcial las antiguas tensiones sociales». En cuarto lugar, se propone el interrogante: «¿cómo el conflicto crea las condiciones de aceptación de una nueva identidad? La guerra divide, pero reúne a la vez»[263].

Siguiendo aquella propuesta, este artículo se divide en tres partes. La primera aborda la antesala de la guerra, por ello enfoca su atención sobre los rumores y los pronunciamientos que antecedieron a la confrontación armada. La segunda sección estudia el desarrollo del conflicto, caracteriza a los actores e indaga sobre sus motivaciones. Finalmente, la tercera parte muestra cómo la guerra influyó en la creación de identidades y vínculos partidistas[264].

262 María Teresa Uribe y Liliana María López, *Las palabras de la guerra. Un estudio sobre las memorias de las guerras civiles en Colombia* (Medellín: La Carreta Editores, 2006), 240; Juan Carlos Jurado, «Reinventar la nación a partir de la fe católica. De la región, el clero y la política en la guerra civil de 1851», *Historia y Sociedad* 15 (2008): 61, https://revistas.unal.edu.co/index.php/hisysoc/article/view/23479; Juan Carlos Jurado, «Región y violencia en la guerra civil de 1851», *Análisis político* 84 (2015): 118, https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/61470; José David Cortés, *La batalla de los siglos. Estado, Iglesia y religión en Colombia en el siglo XIX. De la Independencia a la Regeneración* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2016), 222; Juan Carlos Jurado, «La participación del pueblo liberal en la guerra civil de 1851: la ciudadanía en armas», *Análisis Político* 71 (2011): 7, https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/74908; Alonso Valencia Llano, «La guerra de 1851 en el Cauca», en *Las guerras civiles desde 1830 y su proyección en el siglo XX*, ed. Martha Segura Naranjo (Bogotá: Museo Nacional de Colombia, 2001), 51; Margarita Garrido, «La paz de la razón liberal, 1851-1854», en *Paz en la República: Colombia, siglo XIX*, ed. Carlos Camacho, Margarita Garrido y Daniel Gutiérrez (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2018), 68-114; León Helguera, «Antecedentes sociales de la revolución de 1851 en el sur de Colombia (1848-1849)», *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 5 (1970): 53-63, https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/71432.

263 Clément Thibaud, «Formas de guerra y construcción de identidades políticas. La Guerra de Independencia (Venezuela y Nueva Granada 1810-1815)», *Análisis Político* 45 (2002): 35-36, https://revistas.unal.edu.co/index.php/anpol/article/view/80123.

264 Sobre las características del clero colombiano del siglo XIX se puede ver: Cortés, *La Batalla...*,175

2. El preludio

Los rumores en el siglo XIX eran «una poderosa fuente de información y propaganda» y se caracterizaron por dos elementos. En primer lugar, las circunstancias en que se originaron los dotaron de diversas intencionalidades políticas. En segundo lugar, es difícil rastrear su veracidad por su naturaleza, porque eran anónimos y se difundían verbalmente; debido a eso, para abordarlos como fuente documental, fue preciso observar las reacciones que produjeron en las autoridades políticas de las provincias de Tunja y Tundama[265].

En la noche del 25 de febrero de 1851, el gobernador de la provincia de Tundama, el liberal Antonio Prieto, recibió un mensaje anónimo que le advertía acerca de la preparación de un levantamiento insurreccional en algún poblado de su provincia. Aunque reparó en que no había identificado algún tipo de comportamiento extraño que le hiciera pensar sobre una posible alteración en el orden público, Prieto tomó las precauciones necesarias para responder a cualquier trastorno y estableció comunicación con el gobierno nacional para coordinar una eventual respuesta militar. Teniendo en cuenta la radicalización política que el país experimentó después de la elección presidencial de 1849, el gobernador sabía que no podía pasar por alto este tipo de advertencias[266].

A finales de marzo, Camilo Rivadeneira, gobernador de Tunja, reportó una advertencia similar. A pesar de que manifestó que en la provincia «estamos preparados hasta donde lo permiten los recursos con que contamos», sabía que no podría repeler un ataque de gran envergadura porque la provincia no contaba con el suficiente

265 Martín Escobedo Delgado, «El rumor en un contexto de guerra. Funciones, relevancia y efectos de chismes, murmuraciones y habladurías. Nueva España, 1810-1813», en *Violencia, representaciones y estrategias. La guerra y sus efectos en México, Colombia y Guatemala, siglos XVI-XX*, coord. Sergio Alejandro Cañedo Gamboa y Juan Ortiz Escamilla (San Luis Potosí: El Colegio de San Luis, 2021), 97.

266 «Carta de Antonio Prieto a José Hilario López», Santa Rosa de Viterbo, febrero 25 de 1851, Archivo General de la Nación (AGN), Bogotá-Colombia, Fondo Academia Colombiana de Historia, José Hilario López, caja 5, carp. 4, f. 293.

armamento para equipar a los milicianos de la Guardia Nacional. Además, su comandante no había convocado a ejercicios doctrinarios porque permanecía enfermo debido al frío de la ciudad. Rivadeneira pidió ayuda al gobierno nacional para solucionar estos problemas.

Rumores similares llegaron a oídos del juez del tribunal judicial de Boyacá, el liberal Carlos María Gómez, quien el 24 de marzo advirtió de la infalibilidad de «la revolución», que podría iniciar el 1 de abril para impedir la posesión de José de Obaldía como vicepresidente. Ese rumor tomó fuerza cuando se supo de una reunión en Bogotá entre los conservadores Juan Nepomuceno Neira y Mariano Ospina Rodríguez; el primero era un reconocido político en Tunja que estaba consolidándose a nivel nacional, mientras que Ospina ya era un curtido político y considerado uno de los fundadores del Partido Conservador. Gómez sospechaba que se habían reunido para afinar los últimos detalles de la insurrección[267].

Con el transcurrir de las horas, la preocupación de Gómez se agudizó y, el 26 de marzo a las tres de la tarde, sentenció: «es infalible [que] se precipiten los godos» en Tunja. Envió un mensaje al presidente José Hilario López para reaccionar coordinadamente con el gobierno central y propuso cohesionar los cuerpos de Guardia Nacional de Tunja y Tundama y capturar a los principales líderes conservadores para aplacar cualquier levantamiento[268].

El alarmismo de Gómez contrastó con la mesura de otros liberales que vieron esa situación como una oportunidad para afianzarse políticamente. Ambrosio González defendía

267 «Carta de Carlos María Gómez a José Hilario López», Tunja, marzo 24 de 1851, Archivo General de la Nación (AGN), Fondo Academia Colombiana de Historia, José Hilario López, caja 5, carp. 6, f. 399.

268 «Carta de Carlos María Gómez a José Hilario López», Tunja, marzo 26 de 1851, Archivo General de la Nación (AGN), Fondo Academia Colombiana de Historia, José Hilario López, caja 5, carp. 6, f. 415.

este argumento cuando afirmó que, si los conservadores se aventuraban en una insurrección, las consecuencias no podían ser negativas para los liberales, y presentó dos escenarios hipotéticos para explicar su argumento. En el primero, el Partido Conservador se insurreccionaba y triunfaba; entonces el pueblo sería testigo de «su ambición y sus tendencias, y queda sin misión para gobernar». En el segundo escenario, los insurrectos caían derrotados y «los liberales quedamos en buen predicamento y autorizados para salir de los cabecillas que conspiran, o permanecen en quietud». Este argumento sintetizaba la confianza que sentían los liberales desde que se habían hecho con el poder ejecutivo en 1849[269].

A finales de mayo, circuló un rumor de que 700 insurrectos casanareños estaban dispuestos a tomar el control en las provincias de Tunja, Tundama, Soto, Pamplona y Santander. Antonio Prieto le restó importancia porque un viajero le había comentado que en el Casanare la lealtad al gobierno estaba asegurada; no obstante, dictó órdenes a los jefes políticos «para que se rodeen de los buenos ciudadanos a fin de estimular al sostenimiento de las instituciones y del Gobierno»[270]. También informó al gobernador de Tunja sobre reuniones clandestinas entre los conservadores y que uno de ellos, Ignacio Vargas, se encontraba en camino hacia el Casanare en busca de apoyo para un golpe inicial. También tenía conocimiento de que Juan Nepomuceno Neira había llegado a Belén de Cerinza, «foco de los godos de esta provincia», organizando a sus copartidarios para iniciar el levantamiento[271].

La frecuencia y el origen de los rumores generaron una gran preocupación en Prieto, a tal punto

269 «Carta de Ambrosio González a José Hilario López», Tunja, marzo 3 de 1851, Archivo General de la Nación (AGN), Fondo Academia Colombiana de Historia, José Hilario López, caja 5, carp. 5, ff. 320-321.

270 «Carta de Antonio Prieto a José Hilario López», Santa Rosa de Viterbo, junio 1 de 1851, Archivo General de la Nación (AGN), Fondo Academia Colombiana de Historia, José Hilario López, caja 6, carp. 9, ff. 607-608.

271 «Carta de Antonio Prieto a Camilo Rivadeneira», Santa Rosa de Viterbo, junio 2 de 1851, Archivo General de la Nación (AGN), Fondo Academia Colombiana de Historia, José Hilario López, caja 6, carp. 9, f. 612; «Oficio del gobernador de la Provincia de Tunja al secretario de estado del despacho de gobierno», Tunja, junio 9 de 1851, AGN, Fondo República, Gobernaciones, Tunja, t. 19, f. 583.

que se vio obligado a espiar a los sospechosos de insurrección. Además, ordenó acuartelar a los escuadrones de Guardia Nacional en Sogamoso y Paipa para reprimir cualquier levantamiento[272]. En Tunja, la situación era similar. Camilo Rivadeneira no relajó las medidas de seguridad y mantuvo una vigilancia constante en la capital; también pidió un incremento de 100 hombres en la Guardia Nacional.

De alguna manera, los rumores cumplieron su objetivo, pues pusieron a las autoridades en alerta y evidenciaron la falta de recursos humanos y materiales para hacerle frente a un ataque de gran envergadura. También pusieron a prueba la experticia de los gobernadores a la hora de actuar bajo esas circunstancias, pues el espionaje y el control de los viajeros que transitaban por la provincia pasaron a ser tareas cotidianas y de las que dependía en gran parte el mantenimiento del orden público. Del mismo modo, evidenciaron la red de comunicaciones entre las autoridades provinciales y el gobierno nacional, un aspecto vital no sólo en tiempos de guerra, sino también para la administración pública y la consolidación del Estado.

La inminencia de la guerra anunciada por los rumores provocó que los liberales boyacenses fortalecieran su estructura partidista a través de sociedades democráticas[273]. En estos clubes se tejían vínculos políticos importantes para afrontar la guerra y las elecciones; también eran plataformas políticas aprovechadas por aquellos hombres que buscaban el reconocimiento público. En los estatutos de esas asociaciones, no solo en las boyacenses, se estableció que sus integrantes debían prestar servicios en la Guardia Nacional. Esta particularidad permitió que los sectores subalternos

272 «Carta de Antonio Prieto a José Hilario López, Santa Rosa de Viterbo», junio 29 de 1851, Archivo General de la Nación (AGN), Fondo Academia Colombiana de Historia, José Hilario López, caja 6, carp. 9, f. 676.

273 Gilberto Loaiza Cano, *Sociabilidad, religión y política en la definición de la nación (Colombia, 1820-1886)*, (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2011).

desempeñaran un rol central en la confrontación de aquel año[274].

Evidencia de ello fueron los numerosos pronunciamientos durante la primera mitad de 1851. Entre enero y julio, las sociedades democráticas de Cucaita, Santa Rosa de Viterbo, Ramiriquí, Pesca, Tibirita y Garagoa manifestaron su lealtad al gobierno. Sus integrantes afirmaron estar dispuestos a ofrecer sus bienes e incluso sus vidas para combatir a los insurrectos. Algunos de esos pronunciamientos fueron muy elocuentes; por ejemplo, los integrantes de la Sociedad Lopizta de Ramiriquí declararon estar «prontos a derramar la última gota de sangre de las que circulan por sus venas en defensa de las instituciones liberales»[275].

En otros casos, la beligerancia de las palabras sorprendió incluso a los jefes del liberalismo como Alejo Morales, quien llamó a la mesura porque le preocupaba que los miembros de la Sociedad Independiente de Cucaita agredieran a los conservadores. En un documento se refirió a las graves consecuencias que tendría «precipitar la solución cucaitense», que parece ser una alusión para utilizar, antes de tiempo, la violencia[276]. Por su parte, la Sociedad Democrática de Tibiritá dijo estar dispuesta a «sostener y mantener perpetuamente el Gobierno legítimamente constituido, sacrificando si posible fuere nuestros intereses y hasta nuestra propia existencia»[277].

Los integrantes de estas sociedades no limitaron sus pronunciamientos a la posibilidad del conflicto. Ellos aprovecharon estos espacios para exigir elocuentemente reformas políticas como la separación de la Iglesia del Estado, la eliminación del ejército permanente; además, aplaudieron la

274 Jurado, «La participación del pueblo liberal en la guerra civil de 1851», 8.

275 «Sociedad democrática lopizta en Ramiriquí», *Gaceta Oficial*, Bogotá, 26 de enero de 1851, 58.

276 «Oficio de Alejo Morales al secretario de estado del despacho de gobierno», Santa Rosa de Viterbo, enero 18 de 1851, AGN, Fondo *República*, *Gobernaciones*, Tundama, t. 2, f. 559.

277 «Oficio del gobernador de la Provincia de Tunja al secretario de estado del despacho de gobierno», Tunja, julio 16 de 1851, Archivo General de la Nación (AGN), Fondo República, Gobernaciones, Tunja, t. 19, ff. 584-586.

sanción de la ley de desafuero eclesiástico. Estos pronunciamientos demuestran la vitalidad de la política pueblerina y de la relevancia con que los liberales dotaron a la construcción de vínculos asociativos y partidarios a nivel local para consolidar su proyecto político[278].

Por su parte, los notables locales encabezaron pronunciamientos para afirmar su lealtad al gobierno y su disposición a tomar las armas y ofrendar sus vidas para la defensa de la República. En Tunja, Santa Rosa de Viterbo, Sogamoso, Socha, Socotá, Soatá, El Cocuy, Guateque y Tasco se registraron pronunciamientos de este tipo entre mayo y agosto de 1851, los meses más agudos de la confrontación bélica. En todos los pronunciamientos se ofrecieron los bienes y la vida para combatir a los insurrectos y restablecer el orden público. Quizás el más elocuente fue el firmado por 48 vecinos de Socha encabezados por el alcalde Joaquín Fernández y el párroco Timoteo Ruiz, quienes declararon que «en cada uno de nosotros veréis a un ciudadano armado defendiendo la causa que hoy sostenemos, esto es, las libertades públicas»[279]. El pronunciamiento de 43 vecinos de Soatá también fue conmovedor porque dijeron que aguardaban con «entusiasmo la señal de marcha al combate a defender las instituciones, los principios y la Patria, y que firmemente adherido a su gobierno jamás lo abandonará en la brillante carrera que sigue de la regeneración social»[280].

Los vecinos de Guateque, conmovidos por la conmemoración del 20 de julio, dijeron estar «dispuestos a sacrificar nuestras vidas e intereses, si preciso fuere, para sosteneros en lo alto y delicado encargo de primer magistrado de la República, para coronar la obra de la regeneración

278 «Oficio de Alejo Morales al secretario de estado del despacho de gobierno», Santa Rosa de Viterbo, enero 18 de 1851, Archivo General de la Nación (AGN), Fondo República, Gobernaciones, Tundama, t. 2, f. 559; «Sociedad democrática independiente en Santa Rosa de Viterbo», *Gaceta Oficial*, Bogotá, 26 de enero de 1851, 62; Antonio Prieto, «Sociedad democrática de Pesca», *Gaceta Oficial*, Bogotá, 16 de julio de 1851, 503; «Oficio del gobernador de la Provincia de Tunja al secretario de estado del despacho de gobierno», Tunja, julio 16 de 1851, AGN, Fondo República, Gobernaciones, Tunja, t. 19, ff. 584-586; Valerio Rubio, «Ofrecimiento patriótico», *Gaceta Oficial*, Bogotá, 19 de julio de 1851, 510.

279 Joaquín Fernández et al., «Ofrecimiento patriótico», *Gaceta Oficial*, Bogotá, 5 de julio de 1851, 461.

280 Antonio Prieto, «Ofrecimiento patriótico», *Gaceta Oficial*, Bogotá, 19 de julio de 1851, 510-511.

social»[281]. El respaldo al gobierno, la ratificación de las reformas políticas y el reproche a los rebeldes fueron los tres ejes sobre los que se desarrollaron estos pronunciamientos, firmados, como se ha dicho, por decenas de vecinos en cada uno de los poblados y que evidencia la red partidista que los liberales habían consolidado desde 1849[282].

3. La insurrección

En Boyacá, los políticos conservadores y algunos sacerdotes encabezaron la insurrección en 1851. Sin embargo, antes de aquel año no hay evidencia de un vínculo entre estos grupos; de hecho, entre sus líderes los sentimientos de desconfianza y repulsión eran mutuos y evidentes. Juan Nepomuceno Neira no confiaba en el sacerdote Antonio María Amézquita[283] porque había votado al Partido Liberal en la elección presidencial de 1848 y era un activo colaborador de los proyectos de ese partido. Mientras que Amézquita sabía que el ala conservadora que lideraba Neira era partidaria de la separación de la Iglesia y el Estado. Esa diferencia fue también evidente en los motivos que tuvo cada uno de estos grupos para embarcarse en la insurrección, pues no se preocuparon por unificar posiciones; lo único que los juntaba era su profundo desprecio hacia el gobierno.

Los conservadores sostenían que el gobierno no era legítimo. Ellos justificaron la toma de las armas en un manuscrito titulado: «Proyecto de acta revolucionaria para Casanare». Allí afirmaron que la administración presidida por José Hilario López había transgredido la esencia del gobierno representativo, esto es, la libertad del sufragio. Para los conservadores, especialmente para Neira, los acontecimientos del 7 de marzo de 1849 resul-

281 Luis O. Gutiérrez et al., «Ofrecimiento patriótico», *Gaceta Oficial*, Bogotá, 6 de agosto de 1851, 549.

282 «Ofrecimiento patriótico», *Gaceta Oficial*, Bogotá, 23 de julio de 1851, 517; «Carta de Antonio Prieto a José Hilario López», Santa Rosa de Viterbo, mayo 25 de 1851, AGN, Fondo *Academia Colombiana de Historia*, *José Hilario López*, caja 6, carp. 8, f. 595; Antonio Prieto, «Ofrecimiento Patriótico», *Gaceta Oficial*, Bogotá, 13 de junio de 1851, 392-393; Francisco María Guevara, et. al., «Ofrecimiento Patriótico», *Gaceta Oficial*, Bogotá, 26 de junio de 1851, 439-440; Joaquín Gaona, Santos Gutiérrez, et. al., «Ofrecimiento Patriótico», *Gaceta Oficial*, Bogotá, 28 de junio de 1851, 447-448; Pedro José Nieto, et. al., «Manifestación patriótica», *Gaceta Oficial*, Bogotá, 23 de agosto de 1851, 590; «Carta de Carlos María Gómez a José Hilario López», Tunja, junio 2 de 1851, AGN, Fondo *Academia Colombiana de Historia*, *José Hilario López*, caja 6, carp. 9, f. 613.

283 Antonio María Amézquita fue líder de los sacerdotes insurrectos y se desempeñaba como vicario de la catedral de Tunja y era un reconocido hombre público que había participado junto con los liberales en la creación de la Sociedad de Instrucción en Tunja en 1849.

taron muy traumáticos. Por ello, desde el inicio de la administración liberal asumieron una posición hostil en la prensa. Conducta que se agravó con las elecciones de 1850 en las que fue evidente el fraude sistemático auspiciado por el gobierno central. Por eso, se convencieron de que la única manera de vencer al gobierno era a través de las armas[284].

Mientras que los clérigos se embarcaron en la insurrección para protestar contra la ley promulgada el 14 de mayo de 1851, que decretaba la extinción de «todo fuero o privilegio eclesiásticos». Lo que significaba que todas las causas judiciales abiertas «por mal desempeño en el ejercicio de sus funciones, o por delitos comunes» en contra de los miembros del clero secular y regular pasarían a la jurisdicción de los tribunales ordinarios[285]. Evidentemente, esto despertó la ira de varios sacerdotes en distintas partes del país, pero particularmente en Boyacá ese descontento sobresalió, debido a que los sacerdotes ocupaban un lugar muy importante en la estructura política y social.

La posición del clero se unificó en una reunión en la iglesia de Santa Bárbara en Tunja el 17 de junio de 1851. Allí se congregaron 22 sacerdotes provenientes de distintas parroquias de la provincia, aunque se esperaba más afluencia, pero las lluvias torrenciales que caían por esos días impidieron la llegada de otros sacerdotes. Después de una serie de discursos beligerantes por parte de figuras relevantes del clero boyacense como Eulogio Tamayo[286], Agapito Ruiz[287], y fray Tomás Gómez[288]; Amézquita les preguntó a los presentes: «¿Protestan la ley de catorce de mayo en lo tocante a la usurpación que haga ella del poder espiritual y derramar vuestra sangre antes que obedecerla?» Y todos los presentes «a voz en cuello respondieron:

284 «Proyecto de acta revolucionaria para Casanare», *El Neo-Granadino*, Bogotá, 8 de agosto de 1851, 253.

285 Ley de 14 de mayo de 1851 sobre desafuero eclesiástico, en *Documentos para la biografía del ilustrísimo señor D. Manuel José Mosquera,* t. II, (París: Tipografía de Adriano le Clere, 1858), 405-407.En México, la ley de desafuero eclesiástico también fue causa de una guerra civil, al respecto ver: Will Fowler, *La Guerra de los Tres Años 1857-1861*, (México: Crítica, 2020), 87-93.

286 Capellán interino del monasterio de Santa Clara de Tunja.

287 Cura de Santa Bárbara en Tunja.

288 Prior de predicadores y ejercitador de Soracá.

protestamos». «Todos los Eclesiásticos concurrentes ofrecieron no abandonar nunca la Fe que se les confiase, prefiriendo antes el hambre, la desnudez, las persecuciones, y hasta la muerte misma por la Salvación de sus fieles»[289]. En ese momento el clero boyacense se declaró en rebeldía[290].

La primera acción coordinada entre conservadores y sacerdotes tuvo lugar un mes después, el 16 de julio de 1851 en Ventaquemada. Ese día, un grupo de hombres armados asaltó la diligencia del correo que se trasladaba de Tunja a Bogotá; su intención era cortar la comunicación entre las autoridades provinciales y el gobierno nacional, y también hacerse con el dinero que se transportaba allí. Sin embargo, las autoridades provinciales lograron frustrar este atentado y capturaron en flagrancia a Juan Nepomuceno Neira y al párroco de Ventaquemada, Ángel Acevedo. Estos sujetos, junto con otros capturados, fueron llevados a la prisión de Ramiriquí, la capital del cantón en el que ocurrió el atentado. Pero, mientras que a Acevedo se le abrió una causa judicial, Neira recobró su libertad y ese mismo día regresó a Tunja para organizar un segundo golpe. Esto despertó la ira de José María Solano[291] contra el gobernador Rivadeneira al autorizar la libertad del líder más importante de la insurrección. Según Solano, el gobernador habló con Neira y su compromiso de abandonar el plan de la insurrección y mantenerse al margen de la escena pública fue suficiente para dejarlo en libertad[292].

Después del atentado de Ventaquemada, el 17 de julio el gobernador ordenó que 50 hombres de la Guardia Nacional patrullaran los poblados cercanos a la capital. Sin embargo, esa orden dejó desprotegida la ciudad y provocó la sospecha de

289 «Dilijencias contra el clero secular i regular del Cantón del Centro de la Provincia por desobedecimiento a una lei», Tunja, junio 17 de 1851, Archivo Regional de Boyacá (ARB), Tunja-Colombia, Fondo *Archivo Histórico de Tunja*, t. 586, ff. 115r-116r.

290 No solo en Boyacá la participación de los clérigos fue relevante en el desarrollo de la guerra. Los sacerdotes jóvenes fueron especialmente activos en otras partes del país, José David Cortés ha estudiado las figuras de José Ignacio Montoya y Valerio Jiménez en Antioquia y Vicente Arbeláez en Bogotá, quienes alentaron el conflicto de 1851 y posteriormente se integraron a las jerarquías del clero. Cortés afirma que «los sacerdotes mismos se consideraban belicistas, lo que justificaban mediante su equiparación los cruzados que defendían la fe. Esa imagen de cruzados estaba relacionada con la representación que los clérigos tenían de una sociedad en guerra, en la que se enfrentaba el bien, que ellos defendían, contra el mal, encarnado por los liberales». Cortés, *La batalla…*, 222.

291 José María Solano fue un político liberal que participó en la creación de varias sociedades democráticas. También había sido propuesto para gobernador, pero el presidente se decidió por Camilo Rivadeneira, esto desató un conflicto entre estos dos liberales.

292 José María Solano, «Una explicación sobre la rebelión de Tunja el 18 de julio de 1851», Bogotá, septiembre 1 de 1851, Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia (BCUA), Medellín-Colombia, Folletos misceláneos, vol. 258.

Solano sobre una posible confabulación entre Juan Nepomuceno Neira y Camilo Rivadeneira, porque no entendió la razón para dejar a la capital sin el cuerpo de guardias que la custodiaba.

Los insurrectos de las dos provincias pautaron el ataque para el mismo día: el 19 de julio. En Tunja, la situación era inmejorable, porque no había Guardia Nacional suficiente para hacerles frente y tenían el respaldo logístico de los curas que aprovecharon la estratégica ubicación de las iglesias para coordinar la llegada de los hombres armados. Los conservadores se agruparon en una colina al occidente de la ciudad —que actualmente se conoce como «el Alto de San Lázaro»—, a la espera de la señal de Amézquita para abalanzarse sobre la ciudad. Sin embargo, su posición fue delatada por un mensajero que alertó a José María Solano, quien estaba a la espera de ese momento[293]. Por eso, en compañía de Miguel Suárez, el jefe político de Tunja, Solano inmediatamente salió a persuadir a los rebeldes para que entregaran sus armas; cuando los avistaron, notaron que era más o menos una centena de combatientes. Sin ninguna precaución, los liberales se acercaron para disuadirlos de abandonar sus planes y entregar las armas, pero aquellos hombres no tenían ánimos de discutir y guardaron silencio mientras sigilosamente los rodearon. Solano se percató de su error y aprovechó un descuido para tomar una lanza y regresar a la ciudad, Suárez no corrió con la misma suerte[294].

Cuando Solano atravesaba la plaza principal montado en su caballo, vio que Juan Nepomuceno Neira lo observaba desde la puerta de la casa de Ricardo Monroy, el segundo al mando de la insurrección. La tensión se había apoderado de

293 «Carta de Camilo Rivadeneira a José Hilario López», Tunja, julio 19 de 1851, Archivo General de la Nación (AGN), Fondo Academia Colombiana de Historia, José Hilario López, caja 6, carp. 10, f. 741.

294 N., «Conspiración en Tunja. Historia», *El Neo-Granadino*, Bogotá, 8 de agosto de 1851, 259-260.

su mente, pues posteriormente dijo que en ese momento solo podía pensar en capturar o asesinar a Neira para diezmar el ánimo de los rebeldes. Solano se acercó a su adversario y le dijo: «traidor, allá tienes a tus gentes, vete a mandarlas que aquí estoy yo, cobarde». El conservador se limitó a mostrar una pistola, lo que encolerizó a su adversario y empezaron a forcejear. Otros liberales llegaron a la escena y capturaron a Neira, que no se resistió, mientras Solano echaba «vivas» al gobierno y exhortaba a tomar las armas[295].

Posteriormente, las autoridades organizaron una partida de Guardia Nacional con más de 15 jinetes para perseguir a los insurrectos del Alto de San Lázaro. Aunque solo cinco de ellos lograron trepar la colina para enfrentar a los conservadores, fueron suficientes para doblegarlos después de un pequeño intercambio de disparos. Con esa victoria, el piquete de hombres regresó a Tunja y se acuarteló con el resto de la Guardia Nacional en la Casa de la Torre, en la plaza principal de la ciudad, a la espera de cualquier contraataque. Pero la captura de Neira fue suficiente para diezmar a las fuerzas conservadoras[296].

El mismo día a las 5 de la mañana había empezado el asalto a Sogamoso. Una partida de hombres, al mando de Felipe Plazas, atacó el cuartel de la Guardia Nacional que estaba desprovisto de jefes y oficiales «porque el día anterior por la noche había partido el capitán Jesús Chaparro en una comisión importante con 25 soldados». Y por su parte el teniente coronel, José Manuel Lasprilla, se había desplazado con 50 milicianos a Tunja para responder al llamado de auxilio que había enviado el gobernador Rivadeneira. Los pocos milicianos que quedaron en Sogamoso, liderados

295 BCUA, «Una explicación...», 4-16.

296 «Carta de Camilo Rivadeneira a José Hilario López», Tunja, julio 19 de 1851, Archivo General de la Nación (AGN), Fondo Academia Colombiana de Historia, José Hilario López, caja 6, carp. 10, f. 741.

por Melchor Isaza y los abogados Jorge Chaparro y Justo Mariño, resistieron la primera escaramuza.

Aunque no habían sufrido bajas, los rebeldes sabían que necesitaban del apoyo popular, por eso los clérigos «Juan N. Barrera con espada en mano y Agapito López excitaban al pueblo para que se armase en su defensa». Esas arengas no tuvieron el resultado deseado y solo pudieron mantener el apoyo con el que habían iniciado el ataque, que no era más que medio centenar de hombres.

En medio de la confusión, un liberal logró emprender la huida hacia Santa Rosa de Viterbo, a donde llegó a las 7 de la mañana e informó al gobernador de Tundama sobre lo sucedido. Rápidamente, los liberales organizaron un cuerpo armado y a las ocho de la mañana «salieron en medio de vítores de la población 20 hombres de infantería al mando del Sr. Zenón Solano, director del colegio de San Juan Nepomuceno», quien comandaba a sus estudiantes. También se movilizaron tropas de la Guardia Nacional desde Duitama, Paipa y Floresta. En el transcurso del día, los milicianos de Santa Rosa llegaron a Sogamoso y restablecieron el orden[297].

«Ni Napoleón mismo [había visto] jamás tanto entusiasmo como el que producía en los corazones la voz de la libertad pronunciada por cualquier de los libres que partían». De este modo, Antonio Prieto describió la movilización de los milicianos aquel día. Según su informe, en menos de 24 horas se improvisó «un ejército de 500 hombres de los cuales cien permanecieron en la capital de la provincia a consecuencia de temerse un ataque por el lado de Belén, y los 400 restantes marcharon sobre Sogamoso, es decir como 300 infantes y ciento de

297 «Boletín oficial del 27 de julio», *Gaceta Oficial*, Bogotá, 30 de julio de 1851, 535-536.

Caballería de Paipa». La acción de los milicianos había sido implacable, pues lograron capturar a «casi todos los revoltosos» y se esperaba que los demás se presentaran voluntariamente, ya que los gobiernos de las provincias de Tunja y Tundama habían mostrado voluntad de indultar a los rebeldes de bajo perfil político[298].

Evidentemente, el plan insurgente fracasó. Los conservadores no habían notado que no tenían el suficiente apoyo popular para embarcarse en una insurrección; tampoco tenían abundantes recursos económicos y militares. Por otro lado, no todo el clero se insurreccionó; hubo sacerdotes que en otros poblados apoyaron al gobierno liberal a través de las sociedades democráticas. En estas organizaciones está la clave del triunfo liberal y de su consolidación como fuerza política en la región; ellas lograron consolidar una base social, que no solo resultó útil para ganar la guerra, sino que también resultó fundamental para ganar elecciones.

298 «Carta de Antonio Prieto a José Hilario López», Santa Rosa de Viterbo, julio 25 de 1851, Archivo General de la Nación (AGN), Fondo Academia Colombiana de Historia, José Hilario López, caja 6, carp. 10, f. 753.

Definición de identidades

La guerra transformó a todos los actores que se involucraron en ella. Los liberales se dividieron en dos facciones, el Partido Conservador se sumergió en el ostracismo y los curas que lideraron el intento de insurrección radicalizaron su posición respecto al gobierno y al Partido Liberal. La guerra no solo evidenció la fuerza con la que los partidos políticos habían irrumpido en el espacio público neogranadino; por eso, una de las consecuencias fue el afianzamiento del sentimiento de pertenencia a los partidos. En una guerra civil «se pone en juego la existencia de los grupos contrincantes, su identidad colectiva, en algunos casos incluso

su supervivencia física»[299]. A continuación, nos detendremos a analizar algunas consecuencias.

En el caso de los liberales, la guerra evidenció que, a pesar de su victoria en las elecciones de 1849 y 1850, no era un partido unificado; en su interior había dos posturas opuestas que a nivel nacional se iban a conocer como «Gólgota» y «Draconiana», o radical y moderada. Durante la guerra en Boyacá, las diferencias se manifestaron en la forma de afrontar la insurrección. Los radicales fueron mucho más beligerantes y, a pesar de no ser las autoridades provinciales, asumieron los liderazgos en la Guardia Nacional, lo que se tradujo en el fortalecimiento de las lealtades con sus copartidarios y el reconocimiento por la gente común. Particularmente, José María Solano sobresalió en este aspecto, quien sostuvo una fuerte polémica con Camilo Rivadeneira, el líder de la facción moderada.

Pero para entender el origen de esta desavenencia es preciso regresar a comienzos de 1851, cuando el puesto del gobernador de la Provincia de Tunja quedó vacante[300]. Esto abrió la posibilidad para que al interior de la provincia el Partido Liberal propusiera nombres para que el presidente nombrara al nuevo gobernador, como lo estipulaba la Constitución de 1843. Uno de los nombres que más partidarios tenía era el de José María Solano, quien se había destacado por ser un activo fundador de varias sociedades democráticas; además, era el administrador de rentas y correos de la provincia. Su carácter combativo fue exaltado como una de sus cualidades para asumir el gobierno de una provincia hostil, pues allí el Partido Conservador había cultivado lealtades difíciles de olvidar. Sobre este asunto, un amigo de Solano dijo que:

299 Peter Waldman, «Guerra civil: aproximación a un concepto difícil de formular», en *Sociedades en guerra civil: conflictos violentos de Europa y América Latina*, comp. Peter Waldman y Fernando Reinares (Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 1999), 32.

300 Patrocinio Cuéllar ejerció el cargo de gobernador de la Provincia de Tunja desde el 1º de junio de 1849 hasta el 8 de febrero de 1851, «Gobernación de Tunja», *Gaceta Oficial*, Bogotá, 13 de febrero de 1851, 89.

> Sabido es que en ninguna de las secciones de la República ha tenido el partido godo tanto prosélito como en esta provincia, en ella ha sacado siempre sus más poderosos recursos y mayores elementos para su dominación, de los que aún nos quedan fuertes restos que combatir[301].

Pero las recomendaciones a favor de Solano no fueron atendidas por el poder ejecutivo nacional, que nombró al también liberal Camilo Rivadeneira. Esta noticia no cayó bien en la provincia, pues Rivadeneira no tenía el mismo reconocimiento político que Solano[302]. Entonces, este nombramiento inauguró un conflicto no solo entre estos sujetos, sino que fue la manifestación del conflicto de las dos facciones que se disputaban la preeminencia en la provincia y en el partido.

A pesar de su falta de experiencia política, Rivadeneira fue muy hábil al utilizar las sociedades democráticas durante la primera mitad de 1851 para ganar adeptos y fortalecer lealtades. También le resultaron útiles los pronunciamientos a favor del gobierno que se difundieron por la provincia porque mostraban a un partido unificado y a un gobierno estrechamente relacionado con los ciudadanos. Eso le valió para que a las pocas semanas de estar en el cargo se ganara la confianza de varios copartidarios, incluso de aquellos que no habían visto con buenos ojos su nombramiento. Ambrosio González, por ejemplo, dijo que a pesar de carecer de «las capacidades y carácter enérgico y decidido del Doctor Cuéllar»[303], el nuevo gobernador había podido sortear las dificultades y mantener el orden público en la provincia y particularmente «las notabilidades conservadoras se hallan aisladas hasta cierto punto; y sobrecogidas por la actitud imponente del partido liberal». Nepomuceno Acero también manifestó que se

301 «Carta de Liborio Tavera a José Hilario López», Tunja, enero 27 de 1851, Archivo General de la Nación (AGN), Fondo Academia Colombiana de Historia, José Hilario López, caja 5, carp. 2, ff. 149-150.

302 «Gobernación de Tunja», *Gaceta Oficial*, Bogotá, 13 de febrero de 1851, 89.

303 Se refiere a Patrocinio Cuéllar, que había sido gobernador de Tunja entre 1848 y 1850.

retractaba de haber impugnado su nombramiento, porque el nuevo gobernador estaba dirigiendo magistralmente los destinos de la provincia[304].

Rivadeneira, encandilado por el reconocimiento, poco hizo por mantener una relación cordial con Solano. De hecho, hizo todo lo contrario, pues el 7 de marzo de 1851, una fecha emblemática para los liberales, le notificó su destitución del cargo de administrador de hacienda. Este fue otro golpe de una pelea que se extendería por varios meses. Solano entendió que esa era la respuesta a la denuncia que había hecho por nepotismo, pues Rivadeneira había nombrado a su primo hermano, Narciso Gómez, en la rectoría del Colegio de Boyacá, uno de los cargos más relevantes de la provincia. Además, Solano había dicho que la verdadera intención de su adversario era consolidar su clan familiar en los cargos más importantes y puso en duda su compromiso con el partido[305]. Los copartidarios más cercanos a Solano lamentaron su destitución y dijeron que esa remoción había sido planeada entre el gobernador y los conservadores[306].

Una vez finalizada la guerra, Solano creyó necesario dejar constancia escrita de lo sucedido, por eso publicó un panfleto el 1 de septiembre en el que se enalteció a sí mismo, pues sabía que estaba ante una oportunidad invaluable para catapultar su carrera política. En aquel impreso desacreditó a Rivadeneira mostrándolo como un político ineficaz y un hombre cobarde que no había respondido con valentía e inteligencia ante la amenaza conservadora[307]. Los políticos del siglo XIX, como Solano, sabían que la guerra era una manifestación política y que de ella podían sacar los mejores fru-

304 «Carta de Ambrosio González a José Hilario López», Tunja, marzo 3 de 1851, AGN, Fondo Academia Colombiana de Historia, José Hilario López, caja 5, carp. 5, ff. 320-321; «Carta de Nepomuceno Acero a José Hilario López», Tunja, marzo 17 de 1851, en AGN, Fondo Academia Colombiana de Historia, José Hilario López, caja 5, carp. 5, f. 376.

305 José María Solano, «A mis amigos políticos», *El Día*, Bogotá, 24 de mayo de 1851, 3.

306 «Carta de A. González, Mateo Domínguez y otros a José Hilario López», Tunja, mayo 6 de 1851, AGN, Fondo Academia Colombiana de Historia, José Hilario López, caja 6, carp. 8, f. 564.

307 BCUA, «Una esplicación», 1-3.

tos si demostraban valentía en el campo de batalla y astucia a la hora de asegurar lealtades[308].

Por otro lado, Rivadeneira que siguió en la gobernación después de la guerra sabía que se merecía el descredito, por eso guardó silencio ante las críticas de Solano. Sin embargo, en septiembre de 1851 escribió que había dejado en libertad a Juan Nepomuceno Neira después del atentado en Ventaquemada porque había recibido una orden de la Secretaría de Guerra que le indicaba actuar de aquel modo, pero solo fue hasta cuando pasó el fragor del combate cuando notó la falsedad de aquella orden. Rivadeneira sospechaba que Solano estaba detrás de aquella disposición. En noviembre de aquel año, ya sin el peso de la gobernación, Rivadeneira fue más elocuente y publicó un folleto en el que narró su perspectiva de la guerra[309].

Allí se presentó a sí mismo como parte de una nueva generación de políticos que había irrumpido en el escenario nacional con la premisa de actuar bajo criterios más objetivos, porque «cuando las pasiones toman el lugar de la razón, y la arbitrariedad es un timbre, los principios tienen que zozobrar». De esta manera se mostraba como un político muy diferente a Solano, dispuesto al diálogo, incluso en momentos de gran tensión, porque le interesaba mantener el orden y la cordialidad en la provincia. Rivadeneira, en ese sentido, tenía una noción muy diferente de la guerra, pues creía que era una práctica bárbara que los hombres letrados, como él, no podían enaltecer como un mecanismo político, sino que debía reservarse para aquellos hombres, como Solano, que carecían de cualidades intelectuales[310]. Pero en una sociedad en la que la confrontación no se reducía a los escenarios retóricos, este argumento no fue bien visto y, con el

308 Sobre el uso político de las armas durante el siglo XIX en otros países hispanoamericanos ver: Flavia Macías, «Violencia y política facciosa en el norte argentino. Tucumán en la década de 1869», *Boletín Americanista*, n° 57 (2007): 15-34, https://revistes.ub.edu/index.php/BoletinAmericanista/article/view/13137/16477; Véronique Hébrard, «¿Patricio o soldado: qué 'uniforme' para el ciudadano? El hombre en armas en la construcción de la nación (Venezuela, 1° mitad del siglo XIX)», *Revista de Indias* 62, n° 225 (2002): 429-430. DOI: https://doi.org/10.3989/revindias.2002.i225.476.

309 Camilo Rivadeneira, José Narciso Gómez Valdés y Timoteo Rivadeneira, «A la imparcialidad», Tunja, septiembre 14 de 1851, Biblioteca Nacional de Colombia (BNC), G 9051. Camilo Rivadeneira fue gobernador de la Provincia de Tunja desde el 8 de febrero de 1851 hasta el 18 de octubre de 1851; en su reemplazo, el poder ejecutivo nombró a Julián Herrera, «Gobernación de Tunja», *Gaceta Oficial*, Bogotá, 22 de octubre de 1851, 723.

310 Camilo Rivadeneira, «Camilo Rivadeneira a sus compatriotas imparciales», Bogotá, noviembre 25 de 1851, Biblioteca Nacional de Colombia (BCN), Miscelánea J.A.S. 247.

paso del tiempo, su autor perdió paulatinamente la centralidad política que había alcanzado mientras fue gobernador.

Por el lado conservador, las consecuencias fueron muy perjudiciales. La captura de Neira y su posterior muerte no solo aplacaron los ánimos de insurrección en las provincias de Tunja y Tundama, sino que también condujeron a ese partido al ostracismo político. Ningún otro conservador gozaba de un reconocimiento similar al de Neira, por lo que ninguno asumió el liderazgo del partido en la región. Además, Ricardo Monroy, que era el segundo al mando en la insurrección, sin ninguna vergüenza se convirtió en liberal radical y llegaría a ocupar la gobernación de la provincia. Cándido Navarro, otro conservador que había secundado a Neira durante esos años, limitó su presencia en la provincia a los negocios comerciales, la política dejó de estar dentro de sus preocupaciones centrales. Pero en este caso es preciso tener en cuenta que Navarro era cuñado de Neira, por lo que ese repudio por la política pudo estar basado en lo traumático que le resultó ver cómo un familiar había sido vilipendiado por sus adversarios y traicionado por algunos de sus aliados.

Debido a esa nueva situación del Partido Conservador, la oposición a los liberales provino del clero, concretamente de Antonio María Amézquita, quien con el tiempo se consolidó como un panfletero reconocido a nivel nacional. Y a pesar de que se le abrió un proceso judicial por su protagonismo en la guerra, este sacerdote supo eludir los castigos y se consolidó como uno de los políticos conservadores más importantes de la región. Incluso ocupó un lugar en la Cámara de

Representantes en el Congreso de 1852, representando a la Provincia de Tunja.

Conclusiones

La guerra civil de 1851 tuvo un componente político central. Los conservadores no solo vieron amenazados sus intereses económicos con la abolición de la esclavitud, sino que vieron en las otras leyes una radical transformación de la forma de entender la representación política; por ello la oposición fue más elocuente en la prensa que en el campo de batalla. Al decir de José Eusebio Caro, estaban ante una guerra de papeles (periódicos). También es preciso tener en cuenta que los liberales, cuando llegaron a la presidencia, pusieron en los cargos burocráticos a sus hombres; ese desplazamiento del aparato estatal preocupó mucho a los conservadores, que no estaban acostumbrados a la alternabilidad de los partidos en el poder. Parecía que, de un momento a otro, los conservadores habían quedado sin nada a que aferrarse más que a las armas.

Ante la inminencia de la guerra, los liberales se apresuraron a fundar sociedades democráticas en varios poblados de Boyacá, proceso que resultaría esencial para la consolidación de una base popular del partido. Además, esta práctica evidenció la vitalidad de la política pueblerina y el interés de la gente común por hacerse partícipe de los negocios de la República. Los pronunciamientos a favor del gobierno no son más que una de las tantas manifestaciones políticas que la guerra estimuló. Aunque hacen falta investigaciones que indaguen a profundidad sobre cómo se hacían estos pronunciamientos, cómo se reunía la gente en los poblados y qué tipo de repercusiones podría

acarrear a los firmantes de estos documentos cuando las guerras concluían.

Finalmente, muchos de los hombres que se involucraron en la guerra habían sido compañeros en proyectos políticos; incluso algunos de ellos fueron familiares. Ponemos la atención en este elemento porque ahí se pueden encontrar las características esenciales de la política y la guerra del siglo XIX. Los conflictos civiles no solo se pueden explicar desde las causas objetivas; hay un sinnúmero de elementos subjetivos que permiten entender la actuación de aquellos hombres en momentos de beligerancia radical. El que estos hombres se hayan conocido antes del conflicto, que hayan interactuado, muestra de algún modo que la política atravesó sus vidas y los increpó de tal manera que no dudaron a la hora de enfrentar a sus familiares, amigos o vecinos. Como lo pudimos ver en la controversia entre Solano y Rivadeneira, hubo otros factores que sembraron las discordias entre los neogranadinos y que la guerra exteriorizó. Además, los sentimientos de amistad también fueron relevantes a la hora de construir vínculos partidarios; sin amistad no hay política. Explorar este aspecto puede contribuir enormemente a la renovación de la historia política colombiana.

Bibliografía

Fuentes primarias

Archivos

Archivo General de la Nación (AGN), Bogotá – Colombia. Fondo Academia Colombiana de Historia.

Archivo General de la Nación (AGN), Bogotá – Colombia. Sección República, Fondo Gobernaciones.

Archivo Regional de Boyacá (ARB), Tunja – Colombia. Fondo Histórico de Tunja.

Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia (BCUA), Medellín – Colombia. Folletos Misceláneos.

Biblioteca Nacional de Colombia (BCN), Bogotá – Colombia.

Prensa

«Proyecto de acta revolucionaria para Casanare.» *El Neo-Granadino*, Bogotá, 8 de agosto de 1851.

«Sociedad democrática independiente en Santa Rosa de Viterbo.» *Gaceta Oficial*, Bogotá, 26 de enero de 1851.

«Sociedad democrática lopizta en Ramiriquí.» *Gaceta Oficial*, Bogotá, 26 de enero de 1851.

Antonio Prieto. «Sociedad democrática de Pesca.» *Gaceta Oficial*, Bogotá, 16 de julio de 1851.

Francisco María Guevara et al. «Ofrecimiento Patriótico.» *Gaceta Oficial*, Bogotá, 26 de junio de 1851.

Joaquín Fernández et al. «Ofrecimiento patriótico.» *Gaceta Oficial*, Bogotá, 5 de julio de 1851.

Luis O. Gutiérrez et al. «Ofrecimiento patriótico.» *Gaceta Oficial*, Bogotá, 6 de agosto de 1851.

Pedro José Nieto et al. «Manifestación patriótica.» *Gaceta Oficial*, Bogotá, 23 de agosto de 1851.

Joaquín Gaona, Santos Gutiérrez et al. «Ofrecimiento patriótico.» *Gaceta Oficial*, Bogotá, 28 de junio de 1851.

Valerio Rubio. «Ofrecimiento patriótico.» *Gaceta Oficial*, Bogotá, 19 de julio de 1851.

Fuentes secundarias

Cortés Guerrero, José David. *La batalla de los siglos. Estado, Iglesia y religión en Colombia en el siglo XIX. De la Independencia a la Regeneración*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006.

Documentos para la biografía del ilustrísimo señor D. Manuel José Mosquera. París: Tipografía de Adriano le Clere, 1858.

Escobedo Delgado, Martín. «El rumor en un contexto de guerra. Funciones, relevancia y efectos de chismes, murmuraciones y habladurías. Nueva España, 1810-1813.» En *Violencia, representaciones y estrategias. La guerra y sus efectos en México, Colombia y Guatemala, siglos XVI-XX*, editado por Sergio Alejandro Cañedo Gamboa y Juan Ortiz Escamilla, 93-119. San Luis Potosí: El Colegio de San Luis, 2021.

Fowler, Will. *La Guerra de los Tres Años 1857-1861*. México: Crítica, 2020.

Garrido, Margarita. «La paz de la razón liberal, 1851-1854.» En *Paz en la República: Colombia, siglo XIX*, editado por Carlos Camacho, Margarita Garrido y Daniel Gutiérrez, 68-114. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2018.

Hébrard, Véronique. «¿Patricio o soldado: qué «uniforme» para el ciudadano? El hombre en armas en la construcción de la nación (Venezuela, 1° mitad del siglo XIX).» *Revista de Indias* 62, no. 225 (2002): 429-462. https://doi.org/10.3989/revindias.2002.i225.476.

Helguera, León. «Antecedentes sociales de la revolución de 1851 en el sur de Colombia, 1848-1849.» *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* no. 5 (1970): 53-63.

Jurado Jurado, Juan Carlos. «La participación del pueblo liberal en la guerra civil de 1851: la ciudadanía en armas.» *Análisis Político* no. 71 (2011): 3-28. https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/74908.

———. «Región y violencia en la guerra civil de 1851.» *Análisis Político* no. 84 (2015): 76-101. https://doi.org/10.1590/0102-447420150004.

———. «Reinventar la nación a partir de la fe católica. De la región, el clero y la política en la guerra civil de 1851.» *Historia y Sociedad* no. 15 (2008): 43-88. https://revistas.unal.edu.co/index.php/hisysoc/article/view/23479.

Kalyvas, Stathis N. *La lógica de la violencia en la guerra civil*. Madrid: Ediciones Akal, 2010.

Loaiza Cano, Gilberto. *Sociabilidad, religión y política en la definición de la nación (Colombia, 1820-1886)*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2011.

Macías, Flavia. «Violencia y política facciosa en el norte argentino. Tucumán en la década de 1860.» *Boletín Americanista* no. 57 (2007): 15-34. https://doi.org/10.1344/ba2007.57.15-34.

Thibaud, Clément. «Formas de guerra y construcción de identidades políticas. La Guerra de Independencia (Venezuela y Nueva Granada 1810-1815).» *Análisis Político* no. 45 (2002): 35-45.

Uribe, María Teresa, y Liliana María López. *Las palabras de la guerra. Un estudio sobre las memorias de las guerras civiles en Colombia*. Medellín: La Carreta Editores, 2006.

Valencia Llano, Alonso. «La guerra de 1851 en el Cauca.» En *Las guerras civiles desde 1830 y su proyección en el siglo XX*, editado por Martha Segura Naranjo, 37-57. Bogotá: Museo Nacional de Colombia, 2001.

Waldman, Peter. «Guerra civil: aproximación a un concepto difícil de formular.» En *Sociedades en guerra civil: conflictos violentos de Europa y América Latina*, editado por Peter Waldman y Fernando Reinares, 27-44. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 1999.